

sean civiles ó religiosas, el verdugo va solo detrás de los nobles y delante de los ciudadanos.

— Os agradezco vuestra historia, le dije; es muy curiosa. ¿Pero puedo saber porqué me la habeis referido?

— Porque podria muy bien suceder que un dia ú otro, me respondió, os encontráseis en presencia de los descendientes del Caballero Negro, y en este caso, creo sabríais muy bien los miramientos á que tiene derecho, como el último de los nobles, y el primero de los ciudadanos.

— Os doy gracias por la prevision, mi querido abate, pero espero que será inútil.

— ¿Quién sabe? respondió el abate.

Y salimos juntos para ir á dar una vuelta por la feria, él sonriendo con aire malicioso, y yo buscando en mi imaginacion cuál podria ser el objeto del apólogo que acababa de referirme.

Cuatro ó cinco dias despues, dejé á Francfort sin haber podido obtener del abate Sméets ninguna otra explicacion.

KARL LUDWIG SAND.

En efecto, á partir desde el momento á que hemos llegado, Sand no hizo mas que afirmarse en la culpable resolucion que habia tomado. Sus estudios cambiaron de objeto. Todos los dias asistia á las lecciones de anatomía, siguiendo con una singular atencion las explicaciones del operador; haciéndose explicar en sus menores detalles las funciones del corazon, y reconociendo como lo hace un general con el punto que quiere atacar, el sitio que este órgano ocupa en el pecho.

Muchos meses se pasaron en este horrible estudio, sin que sus mejores amigos sospecharan el objeto. A su melancolía y tristeza habian sucedido por el contrario una tranquilidad y bondad extremadas. Unicamente algunas veces se entregaba á acciones inexplicables, y que hacian creer estaba

las siete de la tarde próximamente, en las orillas, donde encontramos ómnibus y berlinas en abundancia. A los cinco minutos, nos apeamos en la plaza mayor.

Manheim es la ciudad de las novelas de Augusto Lafontaine, impregnadas en una tranquilidad y una tristeza que no carece de encanto. Al día siguiente del en que nosotros llegamos era día de fiesta, lo cual contribuía animándole un poco, á caracterizarle mas aun. Por lo demás jamás ví mas bella poblacion. En una media hora que estuvimos á la puerta de la iglesia de los Jesuitas, vimos salir de ella mas de cincuenta mujeres bonitas. Los jóvenes en nada las ceden, á pesar de su traje azul y blanco y el fantástico gorro, que los hace asemejarse con los soldados de la ópera cómica.

Manheim es una gran ciudad, que tiene el carácter del gran sistema mitológico que siguió entre nosotros el reinado de Luis XIV. La iglesia de los Jesuitas, no sé porqué, posee en su fachada dos nichos, y en ellos una Minerva y una Hebe, que admirados de encontrarse allí, hacen una extraña figura.

Frente está el teatro, que creo es de la misma época, edificado por el mismo arquitecto y del mismo gusto. En la parte superior de las puertas hay esfinges que representan la comedia y la tra-

gedia, y que tienen bajo su pata la una, una careta y la otra un puñal. Ciñen su cabeza raíces rectas, con trenzas de pelo empolvado, y que sienta de un modo maravilloso á su carácter egipcio.

El castillo, residencia habitual de la gran duquesa Estefanía, es de una época anterior, y por consecuencia de un carácter mas grandioso. Su encantador parque inglés constituye el jardín, y como es público tuvimos la ventaja de pasar revista, de dos á cuatro de la tarde, á toda la sociedad de tono de la ciudad. Este segundo exámen confirmó mi primer juicio. Manheim, proporcionalmente, es seguramente con Arles, la ciudad de Europa donde hay mas mujeres hermosas.

No habia yo olvidado en tanto que Manheim habia sido teatro del asesinato de Kotzebüe y de la ejecucion de Sand. El amo de la fonda me dió uno de los mozos para que me enseñara la casa de Kotzebüe. Es la casa que hace esquina á la calle A 2, frente á la iglesia de los Jesuitas. Por indiscreto que fuese el paso, llamé á la puerta, é hice al mozo de la posada pidiese permiso para ver la habitacion donde fué asesinado el consejero áulico. Esperaba que el amo de la casa bajaria para hacerme los honores de ella; pero sea que me tomó por un estudiante y que temiese por sí la misma suerte de su predecesor, sea que tuviese cosa mas urgente que hacer, me concedió mi de-

manda, haciéndome sus cumplidos, pero permaneció invisible.

Subí unos veinte escalones, entré en una antecámara, y de la antecámara pasé á un gabinete que servia de biblioteca : aquí era donde se habia perpetrado el crimen. Quise preguntar á la criada, pero la pobre Maritornes era estúpida. No pude sacar de ella otra cosa que :

— El señor Sand no le conozco. No viene á casa del amo.

Volví á la fonda, á donde habia ido el cochero á preguntarme á qué hora queria el carruaje al dia siguiente. Le dije que le queria inmediatamente, puesto que iba á dormir aquella misma noche en Heidelberg.

Diez minutos despues, estaba el carruaje á la puerta. Supliqué á mi huésped me indicase al menos el sitio donde habia sido ejecutado Sand. Dijo algunas palabras en aleman á su cochero, el cual penetró dentro del sitio indicado. En efecto, saliendo de la ciudad, á la izquierda del camino de Heidelberg abrió la portezuela, y enseñándome una pradera cortada por un arroyuelo, y que extendia á un cuarto de legua próximamente su verde tapiz :

— Hé aquí, me dijo, el Sand Himmelfarts-wiese.

La palabra era demasiado larga y muy difícil de

pronunciar para que yo pidiese su explicacion ; me contenté con bajarme y dirigir una mirada á la pradera, pero sin saber aun dónde detener mis ojos.

En aquel momento pasaba por fortuna uno que se paseaba ; se detuvo á pocos pasos mirando hácia el mismo sitio que yo. Era un hombre de unos cincuenta años, cuyo rostro lleno, y de una bondadosa calma, prevenia singularmente á su favor. Me atreví á dirigirme á él.

— Caballero, le dije, ¿ podreis indicarme con precision el sitio en que fué ejecutado Sand ?

— Con mucho gusto, caballero, me respondió.

Y bajando del camino á la pradera, echó á andar delante de mí invitándome á que le siguiera. A los ciento cincuenta pasos próximamente, se detuvo en una eminencia que dominaba el arroyuelo, y tocando en el suelo con su baston :

— Aquí es, me dijo.

— ¿ Aquí precisamente en este sitio ? ¿ Estais seguro de ello ?

— Muy seguro, caballero, yo estaba aquí.

— ¡ Como ! ¿ vos estábais aquí ? ¿ vos habeis visto morir á Sand ?

— Le he visto morir.

— ¿ Estábais entre la multitud ?

— No, caballero, estaba en el patíbulo.

Yo le miré con admiracion.

— Pero en el patíbulo, le dije, no están ordinariamente mas que el sacerdote, el paciente... y el verdugo.

— Aquel dia, caballero, habia una cuarta persona, porque yo no soy ninguna de esas tres que acabais de nombrar.

— Pues entonces, y dispensadme una pregunta tan directa: ¿quién sois?

— Yo soy el director de la casa de la Fuerza, donde Sand estuvo preso por espacio de tres meses.

— En ese caso, debéis tener detalles preciosos acerca de ese jóven.

— Tengo sus álbums, su correspondencia, sus recuerdos, y acaso el único retrato que de él existe.

— ¡Dios mio, caballero! le respondí sumamente gozoso de haber encontrado de un modo tan inopinado lo que buscaba, pero temiendo que la ocasion se me escapase: soy extranjero, francés, como lo podeis ver; viajo por vuestra poética Alemania, para recoger en ella todas las tradiciones antiguas y modernas que pueda hallar. ¿Sereis bastante complaciente para comunicarme algunas de las noticias que poseis?

— ¿Y con qué objeto, caballero, deseais recoger estas noticias?

— Con un objeto sumamente nacional para

nuestros dos países; he oido hablar de Sand, no como de un asesino ordinario, sino como de un hombre que creia, con una gran abnegacion personal, salvar á su patria. En Francia, hasta hoy no se conoce á Sand mas que de nombre, y se podria confundirle con un Memsier ó un Fieschi. — A cada uno el lugar que le es debido; aun á los muertos. — Yo quisiera, pues, á los ojos de mis compatriotas, dar á Sand lo que merece.

— ¿Y cómo habiendo venido con esa intencion no os habeis proporcionado algunas cartas de recomendacion para Manheim?

— Tenia una para el señor párroco D..... de Francfort; él me ha enviado esta carta para un cirujano de Heidelberg, el doctor Widemann.

— ¡Ah! sí, dijo, es un hombre que puede daros excelentes noticias, pero solo acerca de los últimos momentos de Sand; todavía era él muy jóven. Fué con su padre con quien Sand tuvo que ver, y no con él.

— Pues entonces, ¿quién es ese señor Widemann? pregunté.

— ¿No lo sabeis?

— No.

— Es el verdugo. Un hombre excelente, que es verdugo porque su padre lo ha sido.

— ¡Cómo! vos os equivocais, dice el sobre: doctor en cirugía.

— Es costumbre en Alemania que los verdugos sean cirujanos; por otra parte, ya lo sabeis, nosotros no unimos á este último juez, ó á este juez cortante, como nosotros le llamamos, la idea de reprobacion que vosotros unís á él en Francia. Aquí el verdugo frecuenta los cafés y los casinos, y si no es buscado, al menos es perfectamente recibido.

— Entonces ya no me admira que el buen abate Sméets me haya referido la tradicion del Caballero Negro.

— ¿Conoceis al abate Sméets?

— El es quien me habia dado una carta para el doctor D...

— ¡Oh! le perdono haberme olvidado; mas permitid, caballero, que repare su olvido; todas las noticias que poseo acerca del pobre Karl están á vuestra disposicion.

— ¡Ah caballero, mil gracias!

— Pero, me dijo mi interlocutor, para tomar todas esas noticias necesitareis un dia.

— Un dia, dos, ocho, si es preciso.

— Pero vais á marchar á Heidelberg.

— No parto.

— ¿Y vuestro carruaje?

— Va á volverse á la fonda.

— ¡Y bien! caballero, enviadle. Sin duda teneis algunas órdenes que dar; os espero en mi casa.

— Dentro de una media hora soy con vos.

— Sereis bien recibido, caballero.

Y nos separamos, yo para volver á tomar mi habitacion en la fonda, y el Sr. G... para ir á poner en órden los papeles que deseaba comunicarme.

Como media hora despues estaba en su casa.

Es importante, para que nuestros lectores se formen una idea de las obras y las cosas, que les digamos algunas palabras del estado en que se encontraba la Alemania, en la época en que se verificó en Manheim el gran drama que voy á referir.

Ya hemos dicho en nuestro artículo sobre la ciudad de Bonn, los progresos de las asociaciones secretas entre los escritores alemanes. Las asociaciones, estimuladas por los mismos soberanos mientras pudieron serles útiles, produjeron los alistamientos voluntarios que condujeron á Leipsick y Warteloo casi todos los jóvenes de las universidades que pasaban de diez y seis años. Estos jóvenes hicieron las dos campañas de 1814 y 1815, y despues se retiraron á Gottingue, Heidelberg y Jena, para volver á continuar sus estudios. Mas, como se comprende, era muy difícil disciplinarlos despues de haber pasado dos ó tres años en los campamentos; era ridículo tratar como niños á soldados acuchillados, no por los espadones y los schleges, sino por los sables franceses.

Resultó que en la especie de lucha interior y misteriosa que siguió á las dos últimas campañas, los mismos profesores se dividieron en dos campos: los unos tomaron partido por la autoridad, los otros por los jóvenes patriotas tan cruelmente defraudados en sus esperanzas. En el número de los profesores que se habian constituido los defensores de sus discípulos, estaban los doctores Oken y Luden; el primero, profesor de ciencias naturales, y el segundo profesor de historia.

Hacia tres años, publicaba el doctor Oken, bajo el título de *El Iris*, un periódico exclusivamente consagrado hasta allí á las ciencias naturales; pero viéndose atacado el señor Oken, así como sus discípulos, en sus mas queridas creencias y en su culto religioso, comprendió la importancia del arma que tenia entre las manos, y que de inofensiva que habia sido hasta entonces podia hacerse terrible, por la popularidad de que gozaba entre sus numerosos suscritores. En fin, poniéndolo por obra quiso hacer el ensayo, y de repente aparecieron en *El Iris* algunos artículos políticos de una oposicion acre, con gran aplauso de sus lectores y grandísimo asombro de la autoridad. Sin embargo, el gran duque de Weimar, príncipe excelente, enemigo de las medidas violentas, prohibió que se ensañasen contra el señor Oken: mas habiendo sucedido nuevos artículos á los primeros, la Rusia,

la Prusia y el Austria reclamaron á una voz la destitucion del director de *El Iris*. El gran duque de Weimar, despues de vivas instancias cerca de las tres potencias, obtuvo por fin una modificacion favorable en aquella reclamacion, que podia equivaler á una orden, que el señor Oken optaria entre la cátedra y su periódico.

Presentaron este ultimatum al señor Oken, quien respondió que no conocia ley que declarase incompatibles las dos funciones, y que hasta que aquella ley apareciese, conservaria su cátedra y su periódico. En consecuencia de esta respuesta, en el mes de junio de 1819, fué destituido sin proceso ni sentencia, y la comision permanente de la Cámara legislativa del duque de Weimar, no solo dejó ejecutar este golpe de Estado, sino que aprobó su ilegalidad.

Los discípulos del señor Oken protestaron contra su destitucion, ofreciéndole una copa de oro en la que estaba grabada esta máxima filosófica:

« ¡ Te han presentado ajenos: bebe vino ! »

El señor Oken continuó con la direccion de *El Iris*, que siguió obteniendo tanto mas éxito cuanto que su director era el mártir de las ideas liberales, que en aquella época eran las de toda la juventud alemana.

El señor Luden, por su parte, habia creado desde 1814 otro periódico, *El Némesis*. Este diario,

como su título indica, tenía por objeto atizar el odio contra los Franceses, y en ese sentido había sido aceptado, y aun protegido por la Santa Alianza; pero cuando llegó la paz, y con ella las decepciones germánicas, el periodista volvió su pluma contra los que acababan de faltar así á la palabra sagrada que habían empeñado á la faz del mundo. Mas como el señor Luden, de un carácter mas frío y mas contenido que su colega el señor Oken, había dirigido sus ataques con una gran moderacion y maravillosa prudencia; como sus artículos, en los que era imposible denunciar una sola personalidad, no encerraban mas que discusiones históricas acerca de hechos irrecusables, *El Némesis* no dió motivo á ninguna persecucion, y sus enemigos se vieron obligados á buscar una ocasion favorable para herirle. Esta ocasion se la proporcionó un altercado que se suscitó entre Kotzebüe y el señor Luden.

Un artículo de *El Némesis*, redactado por el mismo señor Luden, acerca de la administracion civil de Rusia y su política exterior; observaciones que acaso por estar redactadas con la conveniencia acostumbrada en el escritor hábil, eran mas peligrosas para aquel gobierno tenebroso. Cayó este artículo en manos de Kotzebüe. Todo el mundo sabe las extrañas funciones que desempeñaba en Alemania por cuenta de Alejandro, y cómo en

aquella época el consejero áulico de su majestad autocrática estaba en guerra abierta con las universidades. Aprovechó la ocasion de una segunda relacion que hacia al emperador Alejandro acerca del estado de la literatura germánica, para darle cuenta del artículo del señor Luden, haciendo resaltar los pasajes que podian herirle, y suprimiendo todos los que podian servirle de correctivo, acompañando el todo de notas las mas injuriosas sobre el doble carácter público y privado del autor.

La relacion estaba escrita en francés.

Desgraciadamente para Kotzebüe, su original cubierto de tachones necesitaba una copia: dió su relacion á ponerla en limpio á una especie de escribiente público, que se la llevó á su casa, el cual, poco familiarizado con el idioma francés y temiendo cometer faltas, consultó acerca de ciertas palabras y ciertas frases que no conocia, al doctor L... Uno de esos pasajes era precisamente dirigido contra el señor Luden. La diatriba picó la curiosidad del doctor L..., quien, habiendo sabido que el manuscrito original era de Kotzebüe, fingió tener á su vez dificultad, y suplicó al copiante le dejase el manuscrito por algunas horas. El copiante, que estaba muy obligado al señor L... no se atrevió á negarse á una comunicacion, cuya importancia, por otra parte, probablemente no comprendió. El señor L... poseedor momentáneamente del despacho, sacó al mo-

mento una copia que envió á Luden. Este, habiendo extractado los trozos mas notables, y acompañándolos á su vez de comentarios acerca de Kotzebüe, los envió á la redaccion de *El Némesis* para que se insertaran en el número inmediato. Kotzebüe se ignora cómo supo la infidelidad del copiante, y los resultados que aquella infidelidad iba á tener. Corrió al punto á casa del conde de Lesdigny, ministro de Negocios extranjeros, y le refirió el hecho. El conde Lesdigny, previendo que aquella publicacion no haria sino enconar aun mas los ánimos, dió orden al dueño de la imprenta de que suspendiesen la composicion del número; pero la orden llegó demasiado tarde: la tirada se habia comenzado, y como no habia orden oficial que se opusiese á la publicacion, el dueño de la imprenta se apresuró á remitir á Jena los números ya tirados; lo que quedaba de la impresion fué recogido y archivado; pero ya circulaban entre los estudiantes doscientos ó trescientos números. Entonces Oken reprodujo el artículo recogido en *El Iris*, que á su vez fué recogido; mas el perseguido artículo reapareció al punto en el periódico redactado por Useland, hijo. Este periódico fué á su vez recogido y condenado: pero él habia conseguido el objeto: el artículo habia circulado por toda Alemania, y Kotzebüe estaba denunciado públicamente como un espia.

Kotzebüe, furioso, publicó un folleto contra el

gobierno del gran duque, contra las universidades, y contra los profesores, á quienes trataba de jacobinos; era un verdadero llamamiento al gobierno despótico, era el toque de alarma contra las ideas liberales.

Habia por aquel momento en Jena un jóven de unos veinte y dos años, que vivia solitario y entregado á la meditacion entre sus camaradas. Casi niño, habia hecho como voluntario la campaña que terminó en Waterloo; despues, como sus camaradas, volvió á la universidad para terminar en ella sus estudios. Era uno de aquellos á quienes las decepciones políticas habian vuelto de carácter sombrío. Todos los dias escribia en su álbum, no solo las ideas que se le ocurrían en las veinte y cuatro horas, sino tambien lo bueno y lo malo que habia hecho. El 24 de noviembre de 1817, el folleto de Kotzebüe cayó en sus manos, y el 24 de noviembre por la noche escribia en su álbum:

« Hoy, despues de haber trabajado con mucho cuidado y asiduidad, he salido á las cuatro de la tarde con E... Al atravesar la plaza del Mercado hemos oido leer el nuevo y envenenado insulto de Kotzebüe. ¿Qué ira anima, pues, á ese hombre contra los Burcheux y contra todo lo que toca á la Alemania? »

Era esta la primera vez que en ese álbum, reflejo inocente hasta entonces de sus placeres y disgustos de jóven, estaba escrito el nombre de Kotzebüe; pero en lo sucesivo mas de una alusion oculta y mas de un ataque directo debian seguir á esta primera insercion. En efecto, el 31 de diciembre del mismo año, escribia en el mismo álbum, en ese estilo místico que le era propio :

« ¡ Oh Señor misericordioso ! este año le comencé con la oracion, pero en estos últimos tiempos me he distraido y estoy mal dispuesto. Cuando miro atrás, encuentro, ¡ ay ! que no me he hecho mejor; pero he entrado mas hondamente en la vida, y presentándose la ocasion, me siento al presente con fuerza para obrar. Es que tú has estado conmigo siempre, Señor, aun cuando yo no estaba contigo. »

Al dia siguiente, que era el 1º. de enero de 1818, el jóven comenzó otro álbum, y en la página blanca unida á la encuadernacion, escribió, siempre con el mismo estilo :

« Señor, déjame afirmarme en la idea que he concebido de la libertad de la humanidad por el santo sacrificio de tu Hijo; haz que yo sea un Cristo para la Alemania, y que segun y por Jesús, sea yo fuerte y sufrido en el dolor. »

Pasados cuatro meses escribió :

5 de mayo.

« Señor, ¿ porqué, pues, esta angustiosa melancolía se ha apoderado de mí? pero domina una voluntad firme y constante, y la idea de la patria da á los mas tristes y débiles, alegría y valor. Cuando medito, me admiro siempre de que no se encuentre entre nosotros uno bastante animoso para hundir un puñal en la garganta de Kotzebüe ó de cualquier otro traidor. »

El 18 de mayo continúa :

« Un hombre no es nada en comparacion de un pueblo; es una unidad comparada á millones, es un minuto comparado á un siglo. El hombre á quien nada precede y á quien nadie sigue, nace, vive y muere en un espacio mas ó menos largo, pero que relativamente á la eternidad, equivale apenas á la duracion de un relámpago; un pueblo, por el contrario, es inmortal. »

En fin, el 31 de diciembre del año 1818, aferado á su sangrienta resolucion, escribió :

« He tomado el último dia de este año de 1818 una disposicion seria y solemne, y he decidido que el dia de Navidad que acaba de pasar, será la última Navidad que yo celebre..... Si debe resultar

algo de nuestros esfuerzos, si la causa de la humanidad debe sobreponerse en nuestra patria, si en esta época sin fe pueden renacer y hacerse lugar algunos sentimientos religiosos, será á condicion de que caiga el miserable, el traidor, el seductor de la juventud, el infame Kotzebüe. Mientras no haya yo ejecutado la obra que he resuelto, ya no disfrutaré reposo alguno. Señor, á tí que sabes he consagrado mi vida á esta accion grande, hoy que se ha fijado en mi imaginacion, no tengo mas que pedirte que la verdadera firmeza y el valor del alma. »

El jóven fanático que hacia de este modo á Dios, no solo el cómplice, sino aun el instigador de un asesinato, era Karl Ludwig Sand.

Habia nacido el 3 de octubre de 1795, en Vonsiedel, y sus padres eran Godofredo Cristóbal Sand, primer presidente y consejero de policia del rey de Prusia, y Dorotea Juana Wilhelmina Schapf, su mujer; tenia por consecuencia veintidos años escasos.

El haberse librado como por milagro de muchos peligros durante su juventud, habia hecho decir á algunos que estaba predestinado.

Predestinacion fatal que le vamos á ver llevar á cabo.

MANHEIM.

Estaba decidido que yo no viese en Maguncia mas que su estatua de Guttemberg; llegué allí á las dos de la noche en la diligencia, y volví á partir á las seis en el buque de vapor.

Desde Maguncia hasta Strasburgo, las orillas del Rhin cesan completamente de ser pintorescas, y no tienen ya otros atractivos que los recuerdos históricos de los Romanos y de los tiempos de Julio César y Carlo-Magno. Los antiguos castillos han desaparecido, pero quedaban aun las antiguas catedrales, y lo menos que puede hacerse por Worms y por Spira, es efectivamente nombrarlas al pasar por delante de ellas.

Manheim, á donde ibamos, está situado á mitad del camino, entre esas dos ciudades, á un cuarto de legua del Rhin. El buque de vapor nos dejó, á